



Tú y yo contra el mundo

Claudia Miruna Filip¹

La luz pálida que desprendían los neones incrustados en el techo bañaba las blancas paredes del pasillo, y el olor aséptico que impregnaba el ambiente me mareaba. Sentía un hormigueo en la boca del estómago y las rodillas me fallaban a cada paso. Me mordí el labio inferior y me obligué a seguir caminando, avanzando hacia un destino que todavía no estaba preparado para afrontar. Que no quería afrontar.

Crucé una esquina, después otra, a trompicones, hasta que mis piernas volvieron a temblar y me dejé caer, deslizándome al suelo sin poder evitarlo, sin querer hacerlo siquiera. Clavé los puños enrojecidos en el mármol grisáceo y hundí la cabeza entre mis hombros. Los ojos me escocían y las lágrimas luchaban por atravesar mis párpados cerrados con fuerza. Pero no podía hacerlo. No podía permitírmelo. Todavía no.

Notando el sabor férreo de la sangre en la punta de mi lengua a causa del mordisco, volví a ponerme de pie, y me apoyé contra la pared,

notando su frío tacto bajo las palmas de mis manos. Quería gritar. El hormigueo que antes había sentido en mi estómago ahora me atravesaba las entrañas y se posaba en mi pecho, llenándome de un vacío sepulcral que me desgarraba por dentro, que me absorbía la vida, que parecía querer tragarse mi alma. Golpeé la pared con mis manos, aún con los ojos cerrados y ahogué un grito. Tragué saliva, respiré hondo, y me animé a continuar caminando mientras las paredes parecían estrecharse a mi paso y querer aplastarme. Quizás no me hubiera importado del todo que lo hicieran. Fue entonces cuando un vano recuerdo acudió a mi memoria, y reprimí una tímida sonrisa involuntaria.

—A veces en la vida hay que atreverse a saltar.

—Sí, pero no literalmente.

—Vamos, pequeñajo. Tú y yo contra el mundo. —Le extendí la mano, y tras un segundo en el que Nicholas me observó con el ceño fruncido,

1. Ganadora de la cuarta edición de los premios Maddelon organizados por Ehgam. El jurado estuvo compuesto por Joxe Mari Carrere, Ibon Egaña y Kattalin Miner.

decidió finalmente enlazar sus dedos temblorosos con los míos.

—Tú y yo contra el mundo.

Le sonreí, y saltamos juntos por el acantilado. Aquel día ambos aprendimos que el miedo era algo relativo, y de repente, nos volvimos invencibles y en nuestra burbuja intocable nos vimos capaces de tocar la mismísima luna con las yemas de nuestros dedos. Nada podía ni podría jamás detenernos. Éramos unos ilusos.

Abrí los ojos, y de repente volvía a estar rodeado por la tétrica presencia del hospital. Me froté las manos e intenté dejar mi mente en blanco. No me convenía volver a caer, todavía no. ¿Tenía miedo? No. Estaba completa, total e irremediabilmente aterrado. Tragué saliva y crucé la última esquina. Un largo y estrecho pasillo idéntico a los anteriores se extendía ante mí. Sólo había una diferencia. Al final, estaba él.

—Mientes —le reproché. Me levanté de golpe, enfurecido, aunque la voz se me había quedado atascada en la garganta, y apenas fui capaz de emitir un leve y ahogado susurro, un graznido silenciado por el temor que subía por mis venas, intoxicándome el alma e hirviéndome la sangre a fuego vivo.

Lo observé caer llorando sin fuerzas sobre aquel banco de madera; en aquel parque olvidado a las afueras de una lejana ciudad que, ajena a nosotros, brillaba bajo luz propia; en aquella endemoniada y macabra noche que se había convertido de repente en nuestra perdición. Tenía que ser una broma, una mala pasada. No podía ser nada más. Porque no lo era... ¿verdad?

—¡Mírame, y dime que estás mintiendo, joder! —Finalmente mis labios me obedecieron y emitieron el grito que había estado guardando en mi interior, agazapado, a la espera, listo para explotar y llevarse consigo los diminutos trocitos de nuestros sueños que ahora yacían resquebrajados a nuestros pies entumecidos. Nicholas no se atrevía a levantar la cabeza, y sus irónicamente graciosos rizos me obstruían el campo de visión, impidiéndome llegar a verle el rostro.

—lan, lo siento... —sollozó.

—¡No lo sientas, joder, no lo sientas! No puedes hacerme esto... no. No te vas a ir —le espeté.

Después de varios minutos de sepulcral silencio, se enderezó, se limpió las lágrimas con la manga de su jersey y se levantó para encararme.

—Estás siendo injusto.

—Me da igual... —Me mordí el labio—. No puedes dejarme.

—¿Acaso... acaso crees que es eso lo que quiero? —Su voz sonaba cansada, derrotada, abatida—. ¿Crees que yo he elegido toda esta mierda? ¿Eh? ¿Es eso lo que crees? —terminó gritándome. Apretaba los dientes con fuerza y su mandíbula estaba tensa. Nunca lo había visto tan furioso, tan enfadado. Llevábamos juntos más de un año, y jamás lo había visto tan destrozado y roto por dentro como aquella noche. Casi tanto como yo mismo estaba, supuse. Como un frágil muñeco de porcelana.

—No... Nick, no... —Pequeños espasmos se apoderaron de mi cuerpo a la vez que diminutas gotas transparentes recorrían ahora mis propias mejillas, dejándome un sabor salado en los labios—. Nick, tú... tú me salvaste. Lo hiciste. Cuando nos conocimos en aquel comedor social en el que trabajabas de voluntario, cuando me sonreíste por primera vez, supe que eras especial. No te importó que yo no tuviera nada, y que tú lo tuvieras todo. No te importó que viviera en la calle o que no pudiera ofrecerte absolutamente nada. No te importó... Y cambiaste mi vida para siempre. Me hiciste creer que a veces los sueños se hacen realidad, y tú fuiste mi sueño, ¿sabes? Siempre lo serás. No me obligues a volver a aquello por favor. No quiero volver a estar solo... —sollocé.

Y entonces fue él quien me abrazó a mí. Y me sentí patético. Volvía a ser él quien me salvaba, una vez más, cuando el que estaba pisándole los talones a la propia muerte era él, y no yo. Y volví a romperme por dentro en añicos que quedaron desperdigados en sus todavía fuertes brazos. Pero yo sabía...sabía que no seguiría siendo así por mucho

tiempo. Una mano invisible había girado el reloj de arena, y ya no había vuelta atrás.

Continué caminando por el largo pasillo, arrastrando mis pies sobre las baldosas de mármol, obligándome a recordar cómo mover las piernas, cómo mantener el equilibrio cuando todo lo que en realidad quería era dejarme caer.

—¡Tú! —Una voz, un grito, logró sacarme de mi ensimismamiento. Levanté la cabeza y observé a la mujer que me miraba con odio, con repugnancia. Era de mediana edad, vestía un pulcro traje negro con una falda que le llegaba hasta las rodillas, y su cabello estaba perfectamente recogido en un casto moño a la altura de su nuca. Estaba de pie delante de la puerta 215. Delante de su puerta.

—Carena... —susurré dando un último paso, antes de quedarme quieto a un metro de distancia. Tragué saliva y esperé. Ella se abalanzó sobre mí, empujándome contra la pared, golpeándome con los puños en el pecho, pegándome, gritándome, desahogándose. La dejé hacer, con la mirada inexpresiva, sin reaccionar.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? ¿¡Eh!? ¡Eres una escoria, eso es lo que eres! —volvió a chillar. Otro puñetazo en el pecho. La miré a los ojos, pero seguí sin intentar detenerla. Apenas era capaz de hacerme daño—. Estás enfermo, ¿¡me oyes!? Eres un maldito enfermo. Todo esto es tu culpa, ¿Qué le has hecho a mi hijo, desgraciado? ¿Qué le has hecho? ¡Es tu maldita culpa! ¡Lárgate!

—Yo... —intenté contestar, pero esta vez noté un fuerte escozor en mi mejilla y las marcas de sus largos dedos impregnados en ella.

—¡Cállate! No... no quiero escucharte. Solo quiero que te largues. ¿No le has jodido ya bastante la vida a Nicholas? ¿Eh? ¿Todavía no has tenido suficiente? ¡Él estaba bien! ¡Era un chico normal, era el hijo perfecto! Era feliz, tenía su vida, ¡estaba sano! Tú le has contagiado, sé que has sido tú. Todo esto es tu culpa, todo empezó cuando apareciste tú. ¡Vete, ahora mismo!

—Carena, por favor, deténgase. —Una doctora joven había acudido corriendo al escuchar el alboroto. Ahora que lo pensaba, había oído el apre-

surado repiqueteo de sus tacones contra el suelo, pero no le había prestado atención.

Aprovechando el momento, la agarré por las muñecas para intentar hacerla entrar en razón, pero ella se zafó con repulsión.

—No me toques... me das asco.

—Carena, por favor, escúcheme. —Esta vez fue la joven médico la que intentó agarrarla del brazo, en un intento fallido por tranquilizarla—. No sé de qué estará hablando ni qué le habrá hecho este chico, pero si algo puedo asegurarle es que él no ha podido tener nada que ver con la enfermedad de Nicholas. El cáncer no se contagia, y usted lo sabe.

—Tonterías... tonterías... —volvió a repetir, con la mirada perdida en algún punto inconcreto de la estancia, con voz casi automática—. Ha sido él. Él ha echado por la borda la vida de mi hijo... en el momento en el que le ha puesto sus sucias zarpas encima, todo se ha estropeado. Mi Nick no estaba enfermo... Esto es un castigo, es un castigo por las abominaciones que le ha obligado a hacer... ¡Lárgate! —Volvió a intentar abalanzarse sobre mí, pero conseguí esquivarla esta vez.

—Señora, le voy a pedir que se marche por propia voluntad, no me obligue a llamar a seguridad.

—¿¡Marcharme!? ¡Soy su madre! ¡Me necesita a su lado! —se defendió, levantando todavía más la voz. Yo me limité a dejarme deslizar de nuevo al suelo con la espalda pegada a la pared, y la mirada posada sobre el número "215" plateado que adornaba la puerta que tenía enfrente, la que me separaba del amor de mi vida. Si tan sólo se hubiera tratado de una simple puerta...

—Sí, la necesita, pero no en su estado. Voy a pedirle que salga a tomar el aire. Vaya a la cafetería, coma algo, tómese un café, y después, cuando se haya tranquilizado, nadie le impedirá volver —le respondió la doctora con autoridad. Carena pareció comprender al fin que no tenía opción.

—¿Y él qué? —preguntó, apuntándome con un dedo, poniendo una mueca de auténtico aborre-

cimiento. Aquella mujer me odiaba. Lástima que el sentimiento fuera mutuo.

—Yo misma me aseguraré de que no entre a ver a su hijo.

Aquella afirmación me partió el corazón en dos. Tragué saliva y hundí mi cabeza en las rodillas dobladas, abrazándome a ellas con mis brazos, que ahora yacían débiles, abatidos, temblando. Las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia y la escuché marchar.

—Ven, dame la mano. —La suave voz de la doctora llamó mi atención, y levanté la cabeza para observarla en silencio. Pude notar un auténtico deje de compasión en su mirada, y algo pequeñito se removió en mi interior. Decidí que quizás... quizás podía confiar en ella.

—Yo... —intenté hablar, pero me cortó enseguida.

—Lo sé, eres Ian, ¿verdad? —Yo asentí sorprendido, y ella me sonrió. Quise devolverle la sonrisa, pero mis labios se negaron a cooperar—. Fui yo quien te llamó. Me permití buscar tu número en la agenda de Nicholas... Me he encargado de su cuidado desde que lo trajeron aquí hace un par de meses, y créeme, no ha habido un solo día en el que no me contara algo sobre su "maravilloso" y "encantador" novio. Ya veo que no se ha quedado corto— bromeó, y yo me limité a alzar una ceja con incertidumbre.

—¿Qué?

—Escucha. —Esta vez su tono se volvió frío, vacío, profesional. Y una corriente eléctrica involuntaria me recorrió la columna. Temblé—. También me ha hablado de su madre, bueno, de su madrastra. De cómo reaccionó cuándo se enteró de... bueno, de vuestra relación. De que nunca se ha preocupado realmente por él, que es puro teatro. Por eso... —tragó saliva antes de continuar—. Por eso te llamé a ti. Ahora mismo, Nicholas necesita a alguien a su lado, alguien que lo quiera de verdad.

—¿Qué, por qué? —volví a preguntar. Ella apoyó su mano en mi hombro, y sentí mis rodillas fallarme ante el roce.

—Tú solo sé fuerte, ¿vale? —Y tras dedicarme un último intento de sonrisa compasiva, me dirigió hacia el interior de la habitación.

Lo que me encontré en el interior de aquel cuarto de paredes blancas, olor todavía más aséptico y embriagador que el del pasillo, sábanas impolutas, y cortinas impecables, me heló la sangre, me clavó una estaca en el centro del corazón y la removió sin piedad, desangrándome, absorbiendo hasta la última gota de fuerza y cordura que aún me quedaba. Aquella habitación olía a muerte. Y él estaba ahí, tumbado sobre una camilla, pálido, casi como un fantasma en vida.

—Ian... —Giró la cabeza y esbozó una sonrisa inocente al verme. Sus ojos, de un tono verde oscuro y apagado, se encendieron con ilusión al pronunciar mi nombre. Esta vez las lágrimas superaron la fortaleza de mis párpados y me atravesaron las mejillas involuntariamente. Me acerqué a él, me senté al borde de la cama, y me morí de ternura cuando levantó una mano temblorosa, y haciendo acopio de todas sus fuerzas, me las limpió con suavidad, acariciándome las mejillas con su pulgar.

—Pequeñajo... —susurré, e ignorando la sonda transparente que le proporcionaba oxígeno, le agarré el rostro entre mis manos y lo besé, con suavidad, con necesidad, con amor. Tras un par de segundos, él me correspondió. Pero no era lo mismo. Podía notarlo. Le costaba hacerlo, le costaba moverse. Sus labios ya no emanaban vigor e ímpetu como yo lo recordaba; en cambio, se dejaban hacer, dejándose guiar, dejándose morder, y apenas era capaz de acariciar los míos con la punta de su lengua. Volví a llorar.

—Ey, mírame... —volvió a susurrarme, y me obligué a separarme un par de centímetros para observarlo con la vista todavía nublada por las lágrimas—. No llores, por favor. No estés triste, yo no lo estoy—. Me acarició la mejilla, y no pude evitar tragar saliva y acurrucarme a su lado, cubriendo nuestros cuerpos con el fino edredón. Lo abracé con fuerza, hundiendo mi cabeza en su cuello, dejando que sus rizos me hicieran cosquillas en la nariz, pero me dio igual. Solo quería, deseaba, poder mantener aquella sensación en mi interior para siempre, grabada a fuego sobre mi piel, no dejarla ir nunca.

—Te he echado de menos... —me susurró.

—Estoy aquí, pequeñajo.

—Dos meses sin verte...

—Shh, estoy aquí. —Intenté tranquilizarle, acariciándole el cabello, enredando mis dedos en los rizos despeinados de su flequillo, atrayéndolo hacia mí, queriendo sentirlo lo más cerca posible. No podía creerme que me hubieran obligado a perderme tanto tiempo... Había tantas cosas que podíamos haber hecho en sesenta días, juntos.

—Gracias —murmuró.

—¿Por qué?

—Por salvarme. —Lo miré con incertidumbre, y él utilizó todas las fuerzas que aún le quedaban para esbozar una sonrisa sincera—. Tú me enseñaste a vivir, Ian. Un año a tu lado ha sido más de lo que jamás podía haber imaginado siquiera... Me has dado mucho más de lo que nadie me ha dado nunca. Me lo has dado todo.

—Te equivocas, tú eres el que me ha salvado a mí —le corregí, pero él colocó un dedo tembloroso sobre mis labios, haciéndome callar.

—Te quiero, Ian.

—Nick, no hagas eso, no te despidas... no te atrevas a despedirte —sollocé.

—En el cajón de la mesilla, hay un paquete, un sobre azul. Iba a pedirle a Caroline, a la doctora, que te llamara y te lo entregara. No sabes cómo me alegro de que hayas podido venir en persona —susurró, y el corazón se me encogió en el pecho—. Cógelo. Es para ti. No se lo dejes a mi madre, ella ya tiene más que suficiente. Yo ya tengo dieciocho años, y lo que mi padre me dejó antes de irse me pertenece, pero yo ya no lo necesito, ya no podré usarlo... Tómallo, y prométeme que saldrás ahí fuera y volverás a enamorarte, y serás feliz, vivirás por los dos, y morirás dentro de muchos años, después de haber viajado a todos aquellos sitios a los que queríamos ir juntos, ¿te acuerdas? Prométeme que te llevarás nuestro mapa, y que los visitarás todos, uno por uno. Hazlo por mí.

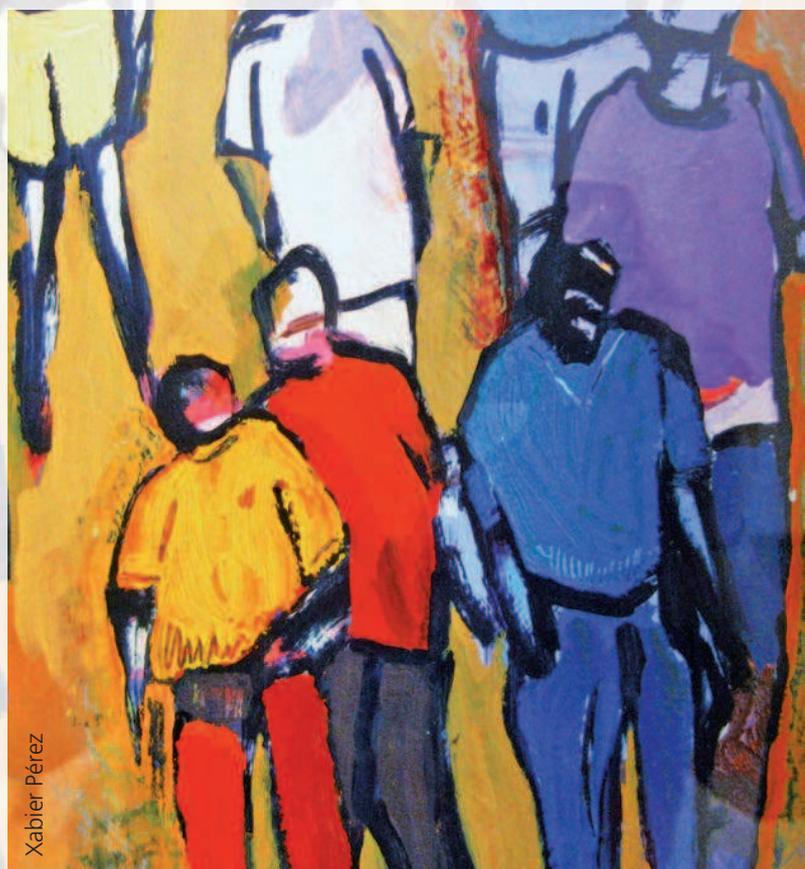
—No me pidas eso...

—Prométemelo, Ian. Prométeme que reharás tu vida, y que aprovecharás esto como un regalo, como una segunda oportunidad, como mi recompensa por todo lo que me diste este último año... lo único que quiero ahora mismo es ofrecerte la vida que siempre has merecido tener. Enamórate, vive, y cuando seas mayor, y te hayas comido el mundo, volveremos a encontrarnos, algún día, y yo volveré a besarte, tú volverás a abrazarme y retomaremos nuestra historia exactamente donde la hemos dejado. Esto es sólo una pausa. Porque, ¿sabes? Hay historias que no tienen final.

—Te quiero tantísimo... —susurré dándole un último beso, saboreando sus labios por última vez, queriendo retener su sabor y su recuerdo para siempre, despidiéndome, pero tan solo por un tiempo. Aquello no era un adiós, era tan solo un hasta luego.

—Tú y yo contra el mundo, Ian —me recordó con su último aliento, y yo lo estreché con más fuerza entre mis brazos.

—Tú y yo contra el mundo, pequeñajo.



Xabier Pérez